

EL DIARIO DE AVISOS

Homenaje al heroico Capitán de Artillería D. Luis Eytier y Benítez

AÑO IX.

Lorca 16 de Noviembre de 1895.

NÚM. 2425

NUESTRO TRIBUTO

Consideramos patriótico deber de todo lorquino amante de sus tradiciones y sus glorias, contribuir, en relacion con su particular esfuerzo, al homenaje con que Lorca ha de premiar la hazaña del bizarro Capitán de Artillería D. Luis Eytier y Benítez.

Muy poco puede valer y significar el tributo con que EL DIARIO DE AVISOS responde á ese deber sacratísimo, por la insignificancia de nuestra publicación y de nuestras fuerzas. Pero, atendiendo al ardiente entusiasmo que en nosotros despertara la acción brillantísima llevada á cabo por el joven Eytier en Maráhuít; atendiendo al cariño inmenso que por Lorca y sus gloriosos hijos sentimos; con la ayuda eficaz y necesaria de algunos distinguidos literatos de nuestra localidad, que gallantemente correspondieron desde el primer momento á nuestras invitaciones, ofrecemos hoy á nuestros lectores el presente número dedicado al ilustre hijo predilecto de Lorca.

No abrigamos la pretensión de que corresponda este número á lo que merece para todos los lorquinos y para nosotros el objeto patriótico á que está consagrado, pues si por la colaboración con que se nos ha honrado es acreedor á todos los elogios, en cambio es pobre y humilde en su material confección; porque no es dado á nuestro poder llegar adonde llega nuestro deseo.

Reciba el amigo queridísimo y admirado paisano el homenaje más entusiasta y ferviente de

La Redacción.

España en Mindanao

¡Asalto heroico el realizado por el ejército español en Maráhuít! Épica empresa, que añade nuevos esplendores á las inmarcesibles glorias españolas; acción sublime, llevada á término feliz por inteligente y brioso caudillo, digno de perdurable memoria en esta tierra clásica del heroísmo; conquista preciada de la civilización, que ha alumbrado con los fulgentes resplandores de la cultura y del progreso el archipié-

lago solitario, perdido en el inmenso Océano, atrayendo así al seno radiante de la luminosísima vida moderna razas desgradadas é infelices, aherrojadas por mísera abyección, y hundidas en ignorancia semejante á la que envolvía entre sus brumas la errante humanidad de las edades prehistóricas, en cuya obscurecida inteligencia no habia chocado el eslabón que le arrancara la chispa del brillante raciocinio.

EYTIER. He aquí el Aquiles de la fragorosa Iliada de Mindanao. Soldado valeroso, que decidió con su heroísmo la victoria, arrebatando, cuerpo á cuerpo y en empeñado batallar, las posiciones de los feroces indigenas, y enclavando el primero sobre hacinados cadáveres y entre el infernal estruendo de combate rudísimo, la bandera española en las enemigas cuestas; pujante y decidido, al modo de aquellos grandes guerreros de nuestra Reconquista que solo anhelaban en la lucha las glorias y el triunfo de su patria, sin atender al propio sucumbimiento; caballeresco, cual los cruzados de la Palestina, que busca en la guerra el ambiente de su espíritu y en la muerte por la patria la idealidad inextinguible de su alma; ha dejado en Maráhuít, con su sangre y con su esfuerzo, veneración impercedera, y ha ganado para nuestra amada Lorca timbres de perdurable honor que engarzar á la diadema de sus grandezas. Justo es que la Ciudad del Sol premie con sentidísimo homenaje el heroísmo de Eytier; justo es que tribute al ilustre lorquino la ofrenda cariñosa de su admiración, á cambio de los laureles que en sus gloriosas sienes deposita el héroe de Maráhuít.

¡Oh! Para los que abominamos las luchas fratricidas, encendidas por la pasión ó el egoísmo, y únicamente deseamos la guerra como fuerza auxiliar de la civilización, para que abra paso á la luz

de la cultura y redima los pueblos azotados por el látigo de la barbarie; para los que en el progreso adoramos la vía salvadora por donde la victoriosa Humanidad habrá de llegar á la realización de todos los posibles ideales; y anhelamos ver la especie humana, fundida en idénticas nobilísimas aspiraciones, enlazada por fraternidad indisoluble, buscar con el esfuerzo total el límite de todas las grandezas acquistables; y columbramos, con la mirada de la intuición, un momento supremo del ignorado porvenir en que el hombre, la portentosa imagen de Dios, haya uncido á su triunfal carroza las fuerzas rebeldes de la Naturaleza, que en un principio tendieron á destruirle con saña implacable, y domando las malditas pasiones de su corazón, constituya la Humanidad en una gran familia, donde las leyes de amor al Criador y amor al prójimo sean leyes indestructibles de la vida social; para los que esto soñamos y esto queremos, nada hay comparable á las conquistas de los pueblos civilizados sobre los pueblos incultos; nada hay tan consolador como esas acciones por virtud de las cuales una nueva ciudad, un nuevo pueblo, una nueva raza, surgen y se levantan de su lecho de muerte, al conjuro prodigioso de la cultura, y pasan á ser nuevos arroyos que aportan su cristalino caudal al océano de la civilización humana! Más, mucho más grande vemos al obscuro navegante que remonta mares dilatadísimos con frágiles embarcaciones, y arrojando peligros inminentes abordo con sus proas tierras ignotas, que al belicoso Nelson afrontando impávido la muerte en Trafalgar y exalando el suspiro postrero al tiempo de resonar en su potente armada el hurra victorioso; más, mucho más grande al aguerrido soldado que con su esfuerzo su-

jeta pueblos salvajes y con su brazo les empuja al centro grandioso de la civilización, que al magno Alejandro, que hiende su espada sobre imperios y monarquías, ó al púnico Annibal, que franquea las crestas nevadas de los Alpes, para saciar sus odios contra Roma, ó al Napoleón tonante, que pasea las águilas imperiales por las estepas rusas; porque los primeros depositaron todas las energías de su alma generosa en la trípode santa del progreso, y los segundos fundieron empeños gigantescos en la odiada pira del rencor ó del despotismo. Considérese qué fuera del continente americano, si teniendo un Colón que le descubriese no hubiera tenido guerreros que le conquistasen; y véase cómo por natural fruto de la cultura que con sus armas llevaron á él los continuadores de la obra de Cortés y Pizarro, comparte el nuevo mundo con la vieja Europa el imperio de la humanidad civilizada. Pues así como la influencia de las armas europeas, y particularísimamente las españolas, ha redimido la América, la influencia de las armas europeas, y en buena parte los ejércitos españoles, pueden coronar la redención total de la especie humana, despejando el caos horrible en que aún se agitan algunas razas africanas y oceánicas. Resta sólo para la realización de tamaña empresa que se amortigüen los enconos ruines que aún estallan entre las naciones cultas, y se encaminen sus esfuerzos colectivos á la conquista de tan hermoso ideal.

Ahácasenos á los españoles excesiva prodigalidad de entusiasmos al festejar nuestros héroes y conmemorar nuestras hazañas. Nada, sin embargo, tan infundado como tales imputaciones. Sucesos recientes hay que nos servirán para demostrarlo. La toma de Maráhuít, tan épica, tan glo-

Este Eytier es hijo de mi tío Luis id.
en el contexto de las Hueras en Lorca
Hera un estandarte y otros objetos.